

Señoras y Señores. Amigos y amigas. Antes de comenzar, quiero daros las gracias a todos vosotros por asistir a este acto.

No tengo experiencia en actos de oratoria y, ahora, ya me veis, delante de todos vosotros siendo vuestro pregonero. ¡Con la importancia que este tiene! Me preocupa mucho que todos quedéis satisfechos, y más aún sabiendo la confianza que nuestra hermandad ha depositado en mí.

Este pregón, lo afronté y preparé con diferentes enfoques: Destacar el sentimiento de Costaleros y Horquilleros, como un gesto de gratitud hacia nuestra Hermandad por haberme permitido ser Costalero, pero sobre todo, como gratitud a todos aquellos que me ayudasteis a llegar a ser Cofrade y Costalero.

Durante todo un año, es mucho el trabajo necesario para que tan solo un día al año todo el tesón, esfuerzo, ilusión, pasión y fe lo saquemos a la calle cada Miércoles Santo. Esta labor que todos los Hermanos cofrades realizamos, la podríamos valorar desde multitud de aspectos. Tan solo tendríamos que levantar nuestra mirada sobre todos los presentes, y sabríamos cuál es el cometido que cada uno realiza dentro de nuestra Hermandad. Ahora, en mi caso, es estar aquí con todos vosotros y tener el honor de ser vuestro pregonero. Muchos de vosotros pensaréis que mi principal cometido dentro de la Hermandad es la de ser Costalero. No os equivocáis, pero recordad que antes de llegar a ser Costalero, uno debe primero aprender a ser Cofrade.

Como todo aprendizaje, llegar a ser Cofrade implica recorrer un camino. Y como todo camino tiene un inicio y un final. Los hay cortos y largos. Otros se realizan con pequeñas paradas y, en otros casos, las paradas se convierten en estancias permanentes. En nuestro caso, ser Costalero es para algunos el final de su recorrido, para otros será una etapa más dentro de las muchas ya vividas, y de las muchas que realizaremos dentro de nuestra Hermandad.

El camino que Costaleros y Horquilleros realizamos, implica como todo una formación, que se fundamentará, ante todo, en llegar a tener unos valores de Hermandad. Y como en toda Hermandad, ser uno más de los muchos Hermanos que la componen. Debemos llegar a ser ¡Hermanos Costaleros! Esos son los requisitos que todo hombre o mujer deben llevar bajo las trabajaderas, ser miembro de una cuadrilla.

En mi caso, esa formación comenzó como el de la mayoría de nosotros, con un pequeño gesto. Un gesto que, a priori, parece carecer de importancia pero cuya finalidad será de valor incalculable para una Hermandad. Un día, algún Morao llega, y sin más, te coloca una insignia, un medallón o tan solo llega y te dice; ¡Tú eres Morao! Ese día y ese gesto, es el que toda la Hermandad debería valorar, porque sin él, muchos, por no decir todos, no estaríamos representando hoy, el mayor patrimonio que tiene una Hermandad: sus Hermanos Cofrades.

Desde aquel día hasta hoy, todo para mí ha sido un constante aprendizaje. Un aprendizaje no solo a nivel cofrade sino también a nivel personal. Un viaje que no he realizado solo. He tenido gente que en mis primeros pasos dentro de la Hermandad, me cogió de la mano y me fue guiando. Todos ellos son personas que ahora son amigos y personas que ya son como parte de mi familia.

Son infinidad las anécdotas vividas con todos ellos y que podría contaros durante horas. Son muchos los días de trabajo y buenos momentos pasados en esta y en la otra casa de Hermandad con todos vosotros. Aún recuerdo en la otra casa de Hermandad, aún sin restaurar, que ni cabían los cuatro pasos. Pero fue allí donde aprendí que para quitar la cera de las túnicas hay que poner una servilleta de papel y a continuación la plancha para que esta se derritiera, que las túnicas llevan un orden en la procesión y también en el armario. Luego llegó la nueva casa de Hermandad, y ¡esto sí que es espacio! decíamos. Y fijaos ahora, otra vez pequeña. Un buen síntoma, porque demuestra que hemos crecido.

No solo aquí tenemos anécdotas. Recuerdo perfectamente la restauración que hicimos de la capilla de la Esperanza. Fueron días de trabajo los que allí realizamos. Pero no nos importaba, lo hacíamos todos juntos, y mientras tanto reíamos y nos lo pasábamos bien, aunque... ¡no sabéis el miedo que da la iglesia por la noche! La iglesia, otro de los lugares donde más tiempo hemos pasado preparando todos los actos que allí acontecían. Y sin olvidar la feria, donde tanto nos hemos divertido y bailado, pero también donde tanto se ha trabajado.

Personalmente, he tenido la oportunidad de viajar y conocer muchas cosas de la Semana Santa por toda Andalucía. He podido visitar orfebrerías, escultores, bordadores y a otras Cofradías y Hermandades. He asistido a algunos encuentros de Misericordias, donde me he enriquecido mucho. Son momentos donde lo imperante en el ambiente es el hermanamiento entre

Cofradías y el intercambio de ideas sobre nuestra Semana Santa. De eso también se aprende.

Tengo el honor de participar activamente en la Semana Santa Granaína. Durante un año, fui Costalero del paso palio de la Virgen de los Dolores. Ahora, y desde hace tres años, soy cofrade de la Santa Cena de Granada, en la que he sido Costalero de su paso misterio. Experiencias de las que me siento muy orgulloso de haber participado porque me han hecho mejorar como Costalero y como cofrade. La convivencia con mis Hermanos Granaínos me ha servido para darme cuenta de que ninguna otra Hermandad es mejor o peor cofradía que otra, tan solo trabajamos de forma diferente bajo una misma fe, devoción y sentimientos; la de poder sacar por las calles de nuestras ciudades o pueblos a los protagonistas de la Semana Santa, que en nuestro caso, no son otros que Nuestro Padre Jesús Nazareno, Nuestro Cristo de la Misericordia, Nuestra Señora de la Amargura y Nuestra Virgen de la Esperanza.

Tan solo cuatro protagonistas entre toda una Hermandad, pero que hacen que nuestros más férreos sentimientos de pasión y devoción unan a toda una Hermandad, para conseguir que durante tan solo unas horas, la mirada emocionada o las plegarias de alguno de sus fieles devotos en las calles de su pueblo, hagan que merezca la pena todo nuestro esfuerzo. Nosotros como Hermandad que somos, trabajaremos juntos para que éste sea nuestro mayor cometido.

Pero sin duda hay una razón que, si no está presente entre todos nosotros, todo lo demás no sería posible. Esa razón es la de disfrutar. Disfrutar con lo que hacemos. Disfrutar siendo Costalero.

Como muchos de nosotros, mis primeros pasos cofrades fueron junto a una bandera o junto a un estandarte, siendo el pequeño mayordomo que todos hemos sido. Crecí y pasé a estar junto a los mayores, ordenando a los nazarenos, procurando que fueran de dos en dos para guardar el orden. Por aquel entonces, el Padre Jesús era para mí el más bonito, el más esplendoroso, junto al que todos queríamos ir. Hasta que un día, algo distrajo mi atención.

Quizás fuera por su belleza. Quizás por su paso firme y fino que van marcando sus Costaleros. Tal vez es el cautivador sonido de las bambalinas que de costero a costero, van anunciando su paso. O la dulce silueta que

bajo el palio, la cera va dibujando. Pero fue desde ese día, cuando la Esperanza me cautivó y quise llegar a ser uno de sus Costaleros.

Aún era pequeño, ¡no alcanzaba la trabajadera! Todavía hoy algunos me recuerdan cuando por aquel entonces yo decía: ¡Tan solo me falta un bocadillo más para llegar! ¿Verdad Ana? Así que ocupé el puesto que me correspondía dada mi edad, ¡Aguador!

Fueron muchos los años que estuve junto a los costeros de la Esperanza, esperando al final de cada chicotá para saciar con agua y limones la sed de los Costaleros. Fui aprendiendo los pasos y marchas que todo Costalero necesita saber. Las órdenes, cambios de pasos, que era la izquierda delante y la derecha atrás, más paso, menos le cabe, llámate un poquito, fíjate, ¡tos por igual!,...y así hasta todo lo que la voz del capataz va mandando a sus Costaleros.

Me fijaba en las levantás, cómo el pie izquierdo delante y el derecho atrás, ¡menos el costero derecho que lo debe hacer al revés!, para que en la levantá no se mueva el paso. Escuchaba de los Costaleros, que la levantá al cielo, siempre con mucho cuidado, y que cuando se dice: ¡ahí se quedó! a la Esperanza no se la tira al suelo, se deja en el suelo.

Años de aprendiz, años en los que la devoción florece, años en los que tan solo estás esperando un día, el día en por fin llegue a esa trabajadera y tenga un sitio para ser Costalero de la Esperanza.

Ese día llegó, pero en forma de relevo. Aún lo recuerdo como si fuera ayer. Ocurrió un Viernes Santo. Yo tenía 16 años, y fiel como todos los años, acudía a ver el encierro de los Negros, junto a mi madre y un amigo. Este amigo era Juan Manuel Lázaro. Tristemente, nos anunció su retirada como Costalero, pero lo que también me anunció fue que ya era mi momento y que yo ocuparía su sitio bajo la trabajadera el próximo año.

Zapatillas, faja y costal. Todo guardado en un armario hasta dos meses antes del gran día, ese día que sabes que llegará, pero que conforme pasa el tiempo más lejano te parece.

Mi primer ensayo llegó. No podía fallar. Sabía todos los pasos, órdenes, marchas,... pero no sabía si daría la talla. Mi sitio era el que Juanma había dejado. Segunda trabajadera junto al costero derecho. Al principio el costal se me resbalaba de la trabajadera, pero tan solo era falta de costumbre.

Ensayos en los que acabas cansado, en los que sudas pese al relente de la noche. Atento siempre a las indicaciones de los que mandan. Soñando con ese día en el que se abran las puertas del templo y suene el llamador. Poco a poco iba formando parte de lo que siempre deseaba ser: miembro de la cuadrilla de Costaleros de la Esperanza.

Los años han pasado, y tanto que han pasado. Con este año ya serán nueve los años que lleve siendo Costalero, y aún cada Miércoles Santo es como si fuera el primero. Los sentimientos, devoción, pasión y el compañerismo que se vive por los cuatro costados durante un Miércoles Santo, no tienen precedente. Es un día de fiesta, pasión y fe. Todo el día es un ritual. Pero antes de este día, aún hay trabajo por hacer.

Para nosotros, todo comienza con nuestro primer ensayo. Desde ese día, la unión y sentimiento cofrade se entremezcla con el sentir de un Costalero. Conforme se acerca la fecha son más los momentos que pasamos juntos entre nosotros y junto al resto de hermanos cofrades. Y todo por un sentimiento y una pasión que a todos por igual nos empuja.

El día cada vez más cerca está. Ya las tardes y noches se nos juntan en la casa de hermandad montando el paso, para que llegado su momento, Ella luzca en todo su esplendor. Todo tiene que quedar perfecto. Ni una arruga en el manto, ni una mancha en los respiraderos, ni la más pequeña de las flores debe estar marchita.

A nuestro alrededor, el resto de Hermanos cofrades rinden de igual forma en sus tareas. Hay túnicas y capirotos que sacar y entregar; estandartes y banderas que montar; cirios y faroles que preparar y limpiar; el paso de la Amargura también hay que montar de igual manera y los tronos del Nazareno y Cristo limpiar y engalanar. Otros aunque no estén allí, también realizan su labor. Hay toda una procesión que preparar. Nadie en estas fechas da tregua a la fatiga.

Estamos en los últimos días. Los pasos en su sitio en la iglesia ya están, esperando a que nuestros Titulares ocupen su correspondiente lugar. El Martes Santo, antes de nuestra salida, nos espera quizás el día más largo, lleno de espera y trabajo. Es el momento de colocar a la Esperanza bajo su palio. La subimos con cuidado para quede perfectamente asegurada. Ahora es el turno de nuestra vestidora, Irene Artero Lázaro. Ella consigue que fajín, manto y demás elementos combinen a la perfección. Nos pide nuestra

opinión: un poco de aquí, otro de allí. Y el resultado se ve en nuestras caras al comprobar como un año más la Esperanza nos llena de emoción al contemplarla lista y engalanada para salir a la calle. Tan solo una cosa más que hacer, y es poner las velas, que toda una noche nos lleva. Larga se hace, pero el buen ambiente que se crea lo hace más llevadero.

El gran día llegó y todo el pueblo sabe que los Moraos hoy salimos a la calle. Los tambores suenan por la mañana, pero no será hasta la tarde cuando lleguen el resto de bandas. Toda la iglesia huele a Semana Santa. Los floristas ultiman sus obras de arte, algunos cirios ya queman su cera y los incensarios, dan su toque de solemnidad. Todos los moraos ya sentimos ese nerviosismo previo.

Ya es el momento de que comience lo que llevamos esperando durante todo un año. La bendición de Costaleros y Horquilleros precede a nuestra estación de penitencia. Escuchamos la primera llamada, pero no es para nosotros sino para los Horquilleros del Nazareno, que con toda devoción y emoción se preparan para salir. El himno suena, y ya están en la calle. Tres golpes de llamador escuchamos y nuestros hermanos Costaleros de la Amargura se preparan para lucirse bajo toda una lluvia de pétalos. Nuestro momento se acerca y el nerviosismo se palpa en el ambiente. Todos haciendo la ropa ya estamos y nuestro capataz llama a los más rezagados. El costal primero y bien ajustado y después la faja bien fuerte y ajustada también. Es todo un ritual. Mientras tanto, una campana plateada retumba en el sagrado templo. Los Regulares, con sus banderas alzadas esperan a nuestro Cristo.

Tres toques de llamador nos avisan. ¡Es la hora muchachos! anuncia nuestro Capataz. Todos juntos rezamos, y ya en nuestra posición, vuelven a sonar las tres llamadas que anuncian nuestra primera levantá. Sin duda es la más emotiva. Cada uno de los treinta Costaleros la dedica de forma personal. Por eso quiero ser receloso y respetuoso con todos ellos y tan solo decirles que esta levantá va desde lo más profundo de nuestro corazón.

Los momentos de mayor concentración son en la salida. Tan solo la voz del capataz es nuestra guía: izquierda adelante, un poco más Pinti. Chipi, llámame un poquito. Ya estamos en la calle y bajo la voz del capataz y la guía de nuestros pateros, dejamos que la devoción y la fe hagan el resto.

Un año más lloro de alegría al ver a la Esperanza en la calle. Tras los respiraderos, al son de los Campanilleros, y junto a los rezos de su pueblo,

todos vamos por igual. Juntos soportamos, llevamos y paseamos con todo nuestro amor y arte, a nuestra Esperanza. Hay momentos duros. Las fuerzas a veces parecen que nos van a fallar, pero desde el fondo de nuestro corazón nos repetimos una y otra vez:

*El dolor en el morrillo no te importe Costalero porque más sufrió la esperanza contemplando al Nazareno.*

No sentimos el peso, el dolor, ni la fatiga, porque queremos que todo nuestro pueblo pueda mirar y admirar a la Esperanza, como lo hacemos sus costaleros y sus cofrades cada día del año.

Seguimos siempre de frente, y aún así ningún costalero se ve aflojar. El sudor brota de nuestra frente de igual manera que las lágrimas brotan de los ojos de la Esperanza al contemplar al Nazareno. El dolor se hace cada vez más patente. Pero cansados y complacientes a la vez, a golpe de llamador nos vamos ¡Al cielo con ella!

Solo un Costalero sabe lo que es llevar a la Esperanza y sudar por Ella. Todo es devoción y amor. Y aunque no podamos más, todos queremos llevarla junto al Nazareno, que ya nos espera.

Mientras, la gente entre lágrimas de alegría y tristeza porque todo ya pasó, nuestro capataz anuncia con un último golpe de llamador: ¡COSTALEROS DE LA ESPERANZA, HASTA EL AÑO QUE VIENE!

Muchas Gracias.

Ginés Belzunces Viúdez.- Enero 2008.